El Evangelio Perdido Según Pedro

1 Pero ninguno de los judíos se lavó las manos, ni Herodes ni ninguno de sus jueces. Y como se negaron a lavárselas, Pilato se levantó. Entonces el rey Herodes mandó que llevaran al Señor, diciéndoles: «Haced todo lo que os he mandado que le hagáis».
2 Y allí estaba José, amigo de Pilato y del Señor; y, sabiendo que estaban a punto de crucificarlo, fue a Pilato y pidió el cuerpo del Señor para sepultura. Pilato mandó llamar a Herodes y le pidió su cuerpo. Herodes dijo: «Hermano Pilato, aunque nadie lo haya pedido, nos propusimos enterrarlo, especialmente porque se acerca el sábado, pues está escrito en la ley que el sol no se pone sobre el condenado a muerte».
3 Y lo entregó al pueblo la víspera de la fiesta de los panes sin levadura. Y tomaron al Señor y lo empujaron mientras corrían, diciendo: «Arranquemos al Hijo de Dios, habiendo obtenido poder sobre él». Y lo vistieron de púrpura y lo sentaron en el tribunal, diciendo: «Juzga con justicia, oh rey de Israel». Y uno de ellos trajo una corona de espinas y la puso sobre la cabeza del Señor. Otros, de pie, le escupieron en los ojos, otros le golpearon las mejillas; otros lo pincharon con una caña; y algunos lo azotaron, diciendo: «Con este honor honremos al Hijo de Dios».
4 Trajeron a dos malhechores y crucificaron al Señor entre ellos. Pero él guardó silencio, como si no sintiera dolor. Y cuando alzaron la cruz, escribieron el título: «Este es el rey de Israel». Y, habiendo puesto sus vestiduras delante de él, las repartieron y echaron suertes sobre ellas. Y uno de aquellos malhechores los reprochó, diciendo: «Nosotros, por los males que hemos causado, hemos sufrido así, pero este hombre, que se ha convertido en el Salvador de los hombres, ¿qué mal les ha hecho?». Y ellos, enojados con él, ordenaron que no le quebraran las piernas para que muriera en tormento.
5 Era mediodía, y la oscuridad cubrió toda Judea. Estaban turbados y angustiados, pensando que el sol se habría puesto mientras él aún vivía, pues está escrito para ellos que el sol no se pondrá sobre el condenado a muerte. Uno de ellos dijo: «Denle a beber hiel con vinagre». Y mezclaron la mezcla y le dieron de beber, y así cumplieron con todo, y consumaron sus pecados contra su propia cabeza. Muchos andaban con lámparas, pensando que era de noche, y cayeron al suelo. Y el Señor clamó: «¡Poder mío, poder mío! Me has abandonado». Y al decir esto, fue alzado. Y en esa hora, el velo del templo de Jerusalén se rasgó en dos.
6 Entonces le quitaron los clavos a las manos al Señor y lo pusieron en tierra, y toda la tierra tembló, y sobrevino un gran temor. Entonces brilló el sol, y era la hora novena; y los judíos se regocijaron y entregaron su cuerpo a José para que lo enterrara, pues había visto las buenas obras que había hecho. Y tomó al Señor y a él, lo envolvió en una sábana y lo llevó a su propia tumba, que se llamaba el Huerto de José.
7 Entonces los judíos, los ancianos y los sacerdotes, al darse cuenta del mal que se habían hecho, comenzaron a lamentarse y a decir: «¡Ay de nuestros pecados! El juicio se acerca, y el fin de Jerusalén». Mis compañeros y yo nos sentimos afligidos; y, heridos de corazón, nos escondimos, pues nos buscaban como malhechores y como si pretendiéramos incendiar el templo. Y por todo esto ayunamos y nos sentamos a llorar y a lamentarnos noche y día hasta el sábado.
8 Pero los escribas, fariseos y ancianos, reunidos unos con otros, al oír que todo el pueblo murmuraba y se golpeaba el pecho diciendo: «Si con su muerte se han cumplido estas señales tan poderosas, vean cuán justo es», los ancianos, atemorizados, acudieron a Pilato suplicándole: «Danos soldados para que vigilemos su sepulcro durante tres días, no sea que vengan sus discípulos y se lo roben, y el pueblo piense que ha resucitado y nos haga daño». Pilato les dio a Petronio, el centurión, con soldados para custodiar el sepulcro. Con ellos llegaron ancianos y escribas al sepulcro, y tras rodar una gran piedra junto con el centurión y los soldados, todos los que estaban allí la colocaron a la entrada del sepulcro; pusieron siete sellos, levantaron allí una tienda y lo custodiaron. Y muy de mañana, para estar para el día de reposo, vino una multitud de Jerusalén y de sus alrededores, para ver el sepulcro sellado.
9 Y en la noche en que se acercaba el día del Señor, mientras los soldados montaban guardia de dos en dos, se oyó una gran voz en el cielo; y vieron que los cielos se abrían, y dos hombres descendían de allí con gran luz y se acercaban al sepulcro. Y la piedra que estaba colocada a la entrada rodó sola y se abrió parcialmente; y el sepulcro se abrió, y los dos jóvenes entraron.
10 Al verlo, los soldados despertaron al centurión y a los ancianos, pues también ellos estaban vigilando con ahínco. Mientras declaraban lo que habían visto, de nuevo vieron a tres hombres salir del sepulcro, dos de ellos sosteniendo a uno, y una cruz siguiéndolos. La cabeza de los dos llegaba al cielo, pero la del que los guiaba traspasaba los cielos. Oyeron una voz desde los cielos que decía: «Has predicado a los que duermen». Y desde la cruz se oyó una respuesta: «Sí».
11 Entonces consideraron entre sí si debían irse y mostrarle estas cosas a Pilato. Y mientras aún pensaban en ello, se vio de nuevo que los cielos se abrían y que un hombre descendía y entraba en el sepulcro. Cuando el centurión y sus acompañantes vieron esto, corrieron de noche a ver a Pilato, dejando el sepulcro que vigilaban, y le contaron todo lo que habían visto, muy angustiados, diciendo: «Verdaderamente era el Hijo de Dios». Pilato respondió: «Estoy limpio de la sangre del Hijo de Dios; pero fueron ustedes quienes lo decidieron». Entonces todos se acercaron y le suplicaron que ordenara al centurión y a los soldados que no dijeran nada de lo que habían visto: «Porque es mejor, dicen, que seamos culpables del mayor pecado ante Dios, y no caer en manos del pueblo judío y ser apedreados». Pilato, por lo tanto, ordenó al centurión y a los soldados que no dijeran nada.
12 Y al amanecer del día del Señor, María Magdalena, discípula del Señor, temiendo a causa de los judíos, quienes ardía de ira, por no haber hecho en el sepulcro del Señor lo que las mujeres suelen hacer por los que mueren y por sus seres queridos, tomó a sus amigas y fue al sepulcro donde yacía. Y temiendo que los judíos las vieran, dijeron:

«Aunque el día en que fue crucificado no pudimos llorar ni lamentarnos, ahora hagamos esto en su sepulcro. Pero ¿quién nos quitará la piedra que estaba a la entrada del sepulcro para que podamos entrar, sentarnos junto a él y hacer lo que corresponde? Porque la piedra era grande, y tememos que alguien nos vea. Y si no podemos, con solo dejar a la puerta lo que traemos en memoria suya, lloraremos y lamentaremos hasta que lleguemos a casa».
13 Fueron y encontraron la tumba abierta. Se acercaron y miraron dentro. Allí vieron a un joven sentado en medio de la tumba, hermoso y vestido con una túnica resplandeciente. Él les dijo: «¿A qué vienen? ¿A quién buscan? ¿Al crucificado? Ha resucitado y se ha ido. Pero si no creen, miren dentro y vean el lugar donde yacía; no está aquí, pues ha resucitado y se ha ido de donde fue enviado». Entonces las mujeres temieron y huyeron.
14 Era el último día de los panes sin levadura, y muchos salían y regresaban a sus casas, al terminar la fiesta. Pero nosotros, los doce discípulos del Señor, lloramos y nos entristecimos; y cada uno, afligido por lo sucedido, se fue a su casa. Pero yo, Simón Pedro, y mi hermano Andrés, tomamos nuestras redes y nos fuimos al mar; y estaba con nosotros Leví, hijo de Alfeo, a quien el Señor...